

faltan á aquellos á quienes el favoritismo les convierte prematuramente en hombres públicos. La educación alemana, al acumular de esta suerte en las inteligencias la mayor suma posible de riquezas, las coloca preventivamente en estado de luchar contra las adversidades probables de la vida. En Francia, la instrucción se da, y se toma sobre todo, con un fin de utilidad general; en Alemania domina la razón privada. Aquí se instruye uno para los demás; allí, para sí únicamente: esto es lo que imprime á Alemania el progreso cotidiano y el producto incesante y simultáneo del pensamiento. Alemania no avanza, como los franceses, al soplo de la vanidad, de la inspiración y de la temeridad que con frecuencia nos constriñen á desandar lo andado y hacer de esta suerte doble camino; sondea con paciencia, camina con seguridad, no emite más que lo que adquiere, y cuando dice que una cosa es, es; por eso Alemania es el gran crisol de Europa donde se ensaya el oro de la ciencia y de la filosofía.

En Alemania no existe la centralización de la inteligencia, todos trabajan y producen donde se encuentran. Como cada individuo ha recibido en la familia ó en la universidad conocimientos compatibles con su organización, los lleva adonde quiere y ejerce donde le place. Por muy distante que esté el individuo, es una rueda del mecanismo general, y si determina guardar únicamente para sí lo que sabe, todavía le queda el mérito de ser apto para comprender cuanto se dice, se escribe ó se hace en la suya y en las demás naciones. Aldehuela hay en Alemania en la cual se hallarían tres ó cuatro individuos en la apariencia modestísimos é insignificantes, capaces de sostener las más arduas discusiones con la más empingorotada academia. Es un progreso federativo. En determinadas circunstancias, la ciencia rinde cuentas, aporta el total, ingresan en común las adquisiciones hechas, y se prosigue.

Hay que decir también que los alemanes, por carácter ó por necesidad han simplificado grandemente todas las pasiones de la vida. Por regla general no son jugadores ni aman á las mujeres, aunque sí á la suya. Prometidos muy jóvenes, contraen matrimonio de los veinte á los veinticinco; nacen padres de familia, lo son con inteligencia, y una vez casados, nunca tienen queridas. Antes de anudar el indisoluble lazo, á lo sumo, se proponen á tener una buena amiga. Y si no,

estúdiase su literatura, la cual se complace en la pintura más minuciosa de los goces domésticos; se corrobora el corazón en el hogar, se sienta, con inocente alegría, á la mesa hospitalaria de la familia, se entretiene, á veces en demasía, en la contemplación y en la descripción de pormenores insignificantes de puro sutiles, y nunca descubre, ni aun mira, las cortinas de la alcoba. Acá y allá describe algunos regocijados cuadros de bebedores que cantan canciones patrióticas acompañadas del trincar de los vasos, porque el viejo Rin atraviesa siempre la poesía patria, á la que fecunda con sus majestuosas aguas y alegra con su chispeante vino; pero nada más; estas son las únicas licencias á que se atreve. La psicología alemana ahonda hasta lo más profundo en los afectos y los reproduce por sutiles y delicados que sean; pero como la cámara obscura en los comienzos de la fotografía, no se apodera más que de lo tranquilo; no se detiene en la pasión, que, pues no la comprende, no sabría describirla. Cuando se aventura á hablar de ella, es para demostrar la imposibilidad local de ella, como en Werther, donde la exagera y no le halla más solución que el suicidio.

XXIII

¿Y á propósito de un personaje nos ha espetado usted esa inconmensurable digresión? me dirán los lectores. Verdad que es larga; pero como aquel personaje era para nuestro héroe resumen y compendio de costumbres, hábitos y sensaciones nuevas, la novela debía detenerse por un instante en el momento en que Jaime le encontraba, para examinarle y consignar las muy naturales observaciones que nos sugería.

Juan Elb, que así se llamaba el dependiente de la agencia, vestía levita de paño verde, corbata blanca, chaleco blanco también, rociado de pequeñas lilas, y pantalones negros, y llevaba cortos los cabellos; tenía alta la frente, limpios los ojos, pálido el cutis, la cara oval, grande la nariz, algo salientes los labios, regular la dentadura, largo el cuello, y el aspecto suave, delicado y reflexivo; ítem más, tenía un lunar en la mejilla izquierda, era barbilampiño y debía casarse dentro de tres meses.

Al llegar Jaime á casa del médico, Elb estaba jugando al ajedrez con la señora Hosen, en cuyo regazo dormía la menor de sus hijas. Las otras dos miraban silenciosamente unas láminas, sentadas en torno de una mesita. En cuanto á los muchachos, estaban educándose en Berlín, al cuidado de la familia del médico, y no pasaban en Pless más que dos meses del año.

Organizóse un concierto, y Jaime alcanzó un verdadero triunfo, y eso que el piano era un caldero; mas la inspiración del músico suplió la falta. A bien que los que escuchaban á mi amigo, habituados á aquel instrumento, ni siquiera pensaban en desear otro mejor.

Jaime tocó los trozos preferidos de la duquesa, lo cual nos exime de decir que, como recuerdo melodioso que eran de los dichosos meses que acababan de pasar, los tocó con emoción profunda. Y es que, á pesar suyo, unía á todos los actos de su existencia algo de aquella mujer.

Elb, que se mostrara más que regularmente reservado respecto de Jaime, para él desconocido, vencida la habitual reserva del hombre por la simpatía del artista, acercóse cordialmente á aquél y le dió la más calurosa enhorabuena. El comisario tocó con gusto exquisito el violín, en un instrumento de primer orden del que se conocía cuidaba grandemente; la señora Hosen cantó, acompañada al piano por Jaime, dos ó tres adorables melodías alemanas de esas en que Schubert excedió á todos; luego fumaron, conversaron, tomaron té y comieron algunas confituras, y Elb hizo bailar á las niñas para que también tomaran parte en aquella pequeña fiesta. Al dar las once cada cual se fué á retiro.

Jaime, que no acertaba á creer que fuese tan tarde, regresó á la posada y se acostó pensando en que no le faltaban ya más que trece días de espera.

En el seno de nuestra bulliciosa sociedad, en nuestras populosas ciudades, donde el hábito hace que miremos la agitación y el movimiento como la demostración y la necesidad de la vida, no podemos figurarnos que en humildes poblaciones, de que ni siquiera conocemos el nombre, existan goces que basten á satisfacer al hombre inteligente. No sospechamos que en ellas pueda uno ser dichoso, y aun pasar la existencia entera, y si por acaso las citamos en nuestras conversaciones, encogemos los hombros con el más soberano desdén. Y, sin embargo, es, y podría muy bien suceder—

suposición que tiene todos los visos de verdad—que aquellas fuesen las gentes que disfrutasen de la dicha verdadera. Jaime, á pesar de las preocupaciones personales que la soledad volvía á despertar en su espíritu, debió de hacerse esta reflexión antes de dormirse. Sea lo que fuere, la carta que mi amigo escribió el día siguiente, y en la que explicaba cuanto acaba de leerse, respiraba el mayor agradecimiento, y aun me atreveré á decir la más grande admiración para con sus nuevos amigos, á quienes era deudor de la primera distracción de su viaje, y cuya compañía iba á abreviar muy mucho para él el tiempo que debía aún permanecer en aquella población.

Si añaden ustedes á lo expuesto otra carta de Anita, muy corta, pero que en las siguientes contadas frases hacía entrever dichas sin fin: «¡Estoy libre! queda decidida la separación; me reuniré á usted antes de lo que supuse; el duque parte; yo me quedo junto á mi padre, y le amo á usted más que nunca»; si añaden ustedes, repito, el efecto de la precedente carta á la tertulia de la víspera, no les admirará que yo les diga que mi amigo estuvo no dos dedos de volverse loco de alegría, y que aun lo fué un poco; en efecto, sintió impulsos de besar al posadero; voló á casa del médico, á quien se creía en el deber de pagar el primer tributo de su dicha, y, después de abrazarle, acabó por solicitar de aquel excelente sujeto, que no sabía á qué atribuir tal expansión, venia para reirse á sus anchas; y lo bueno fué que se lo pidió llorando á lágrima viva. ¡Cuán cierto es que cuando el alma rebosa de gozo busca en la expresión del dolor un desahogo que de otra suerte sofocaría al cuerpo!

Así, pues, Anita cumplía su palabra; luego él había hecho bien en seguirla. ¡Cuánto la amaba Jaime en aquel momento! ¡Con qué voluntad le abnegaba la vida! ¡Qué bueno era Dios! ¡qué hermosa la existencia!

¡Vaya con el señor Desfossés! ¿Pues no quiso dar á entender á Jaime que en Pless se aburriría de lo lindo? ¿Jaime aburrirse en Pless? ¡si en ninguna otra parte hubiera sido tan dichoso! ¡si aquella tierra era un paraíso, y en el mundo no había población que en hermosura con ella compitiese! ¿Cómo era posible que veinticuatro horas antes, él, Jaime, ahora tan feliz, hubiese hallado triste el horizonte, apagado el sol, y estéril y desolada la llanura, cuando el primero era

alegre, cálido el segundo, y la planicie era un puro manto de esmeraldas?

«¿Persistirás todavía en que hice mal en partir? me escribió mi amigo, acompañándome copia de la carta de la duquesa; yo te dejaba decir, porque me sabía perfectamente lo que hacía. ¿Acaso podía engañarme Anita? Tú no la conoces aún, no sabes de cuánta firmeza y abnegación es arca esa mujer. En fin, te perdono tu sermón, porque ya no puedes hacerme otro. Hasta muy pronto. Mañana ó pasado podré decirte qué día parto, que será según se ponga en camino la duquesa, á quien precederé ó seguiré, pues es más que probable que la acompañe su padre, y, por lo tanto, no podremos regresar á esa del brazo. ¡Qué padre tan excellentísimo esel!»

«Suelto la pluma para ir á dar una vuelta con el médico, que se ha empeñado en hacerme visitar los alrededores, minas, fábricas, y qué sé yo cuántas cosas más. Puede estar seguro de que todo lo hallaré magnífico.»

El día siguiente pasó sin que Jaime recibiera carta; pero ¿qué importaba si había hecho acopio de dicha para cuarenta y ocho horas? Era indudable que Anita estaba haciendo los preparativos de viaje; y, por otra parte, ¿qué más podía decirle que lo que ya le escribiera? ¿que le amaba? ¡Como si él no lo supiese!

Domingo era el día á que me refiero al principio del precedente párrafo, y mi amigo se fué á ver al médico, á cuya casa llegó en el instante en que la señora de Hosen terminaba el tocado de sus hijas para llevarselas al concierto.

—¿Qué concierto? preguntó Jaime.

—Ya lo verá usted, respondió el médico; véngase usted con nosotros. Ahora iba á salir en busca de usted.

Jaime acompañó al médico y á su familia á un espacioso jardín situado á unos quinientos metros de la población y bastante parecido á los jardines de los ventorrillos franceses. En él había árboles, bosquecillos, bancos de madera, gentes que fumaban y bebían cerveza, y muchachas endomingadas que se paseaban riendo y charlando. ¿De dónde salía aquella muchedumbre? Toma, de donde sale, en todas partes, la gente que uno ve los domingos.

En el centro del jardín se levantaba un estrado circular en el que estaban preludiando unos veinte músicos de regi-

miento, que tocaron piezas de Beethoven y de Weber, marchas graves é imponentes, vales vivos y alegres, con afinación y colorido; todo lo cual no era ya tan fastidioso, máxime para un hombre que estaba lo bastante satisfecho para acordarse de que era artista.

Elb, el dependiente de la agencia, estaba allí con su prometida, muchacha de muy buen ver, más alegre que unas pascuas, y no vecina de Pless, adonde había ido á pasar el día.

—Aquí, dijo Hosen á Jaime, durante las veladas de los domingos de verano la gente baila que se las pela; y no crea usted que acaban en eso nuestras diversiones, no, señor; de tiempo en tiempo viene alguna compañía de acróbatas, y aun me parece que han anunciado una que va á llegar de un día á otro.

El comisario no estaba en el concierto; y es que allí había para él demasiada gente.

Decía la carta que de Anita recibió Jaime el siguiente lunes:

«Es probable que partamos dentro de dos ó tres días, pero no nos detendremos en Pless, por donde pasaremos por la mañana. Esté usted preparado para seguirnos, pues el tren no se detiene en esa más que media hora. Como iré con mi padre, haga usted que no me conoce, pero hospédese en las mismas fondas que nosotros, en las cuales hallaremos manera de hablarnos. ¡Anhelo tanto verle á usted! No puede usted figurarse cuán bondadoso ha sido para conmigo mi padre, pero está triste. ¡Ay! es preciso que yo le ame á usted con toda mi alma para que la tristeza de aquél no se lleve todos mis cuidados. ¡Pobre padre mío! él, como es natural, hubiera preferido no verse en el caso de hacer esta separación; pero como ya me lo escribiera él mismo, ha comprendido que no cabía otro remedio. Ni siquiera he tenido que echar mano de los recursos extremos y de decir toda la verdad; siempre será tiempo de que la conozca. Es fácil que hasta el instante de nuestra partida no vuelva á escribirle á usted. Y, en definitiva, ¿para qué lo haría si todo ha terminado y está usted tan seguro de mí como yo lo estoy de usted?»

En efecto, mi amigo pasó dos días—que para él fueron eternos—sin recibir carta alguna, y sintiendo como si su corazón hubiese querido saltársele del pecho para volar al encuentro de Anita.

Jaime, que me escribió para notificarme su llegada, al tercer día se despidió del médico, y de la mujer y de las hijas de éste, todos los cuales dieron muestras de sentir vivamente la partida, fué á pedir su pasaporte al comisario, que se lo dió deseándole un feliz viaje, y una hora antes de la señalada para la salida estaba ya en la estación, donde, sin saber cómo matar el tiempo, se entretuvo en andar, comer y fumar hasta que señalaron la llegada del tren.

Nuestro héroe subiése sobre un mojón y vió flotar en el horizonte, por encima de los árboles, el blanco vapor del tren, del que aun no se oía el ruido y que debía conducir al ser á quien él más amaba en el mundo. El viento empezó á traer el entrecortado soplo de la locomotora, á la que todavía era imposible divisar; el soplo fué acercándose gradualmente hasta convertirse en ruido, y, por último, el tren apareció estruendosamente en el linde de los abetos, que hasta entonces habían ahogado su voz. ¡Y decir que Anita estaba en uno de aquellos coches que, vistos de tal suerte, á medio kilómetro de distancia, al parecer casi no se movían! ¡Ay! ¡en el momento en que vamos á poner la mano sobre una dicha largo tiempo esperada, es cuando más tememos verla desvanecida! ¡Cuán lento es el vapor comparado con el deseo del hombre!

—¿Tardará mucho en llegar el tren? preguntó Jaime á un empleado de la estación que había ya empuñado la palanca de la aguja para hacer entrar los coches en su vía.

—Un minuto, respondió el interpelado.

El ruido iba en aumento, y las miradas de Jaime seguían con ansiedad los carriles, paralelos y rectos, que disminuían poco á poco en longitud bajo las ruedas de la locomotora, que rugía por arriba y sembraba el fuego por debajo. De pronto oyóse un silbido, se calló el vapor, rechinaron los frenos, y el tren entró en la estación, domado, tranquilo, obediente. Jaime se sintió casi enfermo: cortósele la respiración, doblegáronse las piernas, y apenas si tuvo fuerzas para llegarse al primer coche, en el cual no había más que dos hombres envueltos en sendas capas y todavía entregados al sueño; luego pasó al segundo, y como lo era de tercera clase, Anita no podía estar en él. Pero todavía quedaban otros dos. Jaime devoró con los ojos el tercero; que iba de bote en bote; mas no vió rostro alguno conocido. Quedaba el cuarto coche, y mi amigo no se atrevía á fijar en

él la mirada, pues era el último del tren, y por lo tanto allí terminarían sus esperanzas. Por fin se resolvió, con razón tanto más sobrada cuanto las portezuelas del coche permanecían cerradas. ¡Y cómo no, si el coche estaba vacío!

Jaime quedó mudo y anonadado.

XXIV

De tal modo llenaba á nuestro héroe la certidumbre de ver nuevamente á Anita en aquella hora precisa, que al abandonarle la esperanza le pareció que se le vaciaba el pecho y que la tierra se abría bajo sus pies. Sin embargo, comenzó otra vez, y automáticamente, el examen de los viajeros y la inspección de los coches; y es que con la esperanza sucede lo que con el agua contenida en un vaso, que por mucha que sea la violencia con que se la arroje, en el fondo de aquél siempre queda una gota al ponerle nuevamente en pie. Sí, por muy rápidamente que la esperanza abandone al hombre, por espacio de algunos instantes queda de ella la humedad en el corazón que la contenía, y para que se seque del todo, es menester que el alma absorba hasta la última gota.

Entre Jaime y cuanto le rodeaba cayó nuevamente un obscuro velo; en un minuto, mi pobre amigo pasó de la confianza más ilimitada á la duda absoluta. Sin embargo, por poco que aquél hubiese acudido á la reflexión, habría visto que la situación no era desesperada, ó más bien que no se había modificado, toda vez que Anita no le había escrito y podía llegar en el tren siguiente.

¡Qué! ¿no cabía que á la duquesa se le hubiese escapado el tren de la mañana?

Pero no, Jaime no se dijo nada de eso, sino que cayó en la postración más profunda; no buscó razón alguna á lo que pasado había, ni se le ocurrió que la duquesa pudiese haberse muerto. Lo único que pensó con amargo desaliento fué que nunca más volvería á ver á Anita. Entonces, y sin ánimo para regresar á la posada, pidió recado de escribir y trazó la siguiente carta:

«No ha llegado usted. La aguardaré hasta mañana, y si para entonces no se reúne usted á mí, regresaré á París, pues

su no venida será testimonio de que usted no me ama ni me ha amado nunca.»

Esta carta estaba destituida de sentido común; pero á Jaime, en el estado en que se encontraba, le era forzoso escribir algo. Con todo esto, era evidente que, atendida la formal promesa de Anita, lo sucedido no podía ser más que obra del acaso. Luego no había para qué desesperar ni, sobre todo, amenazar á la duquesa con volverse á París. Si Anita no estaba en Pless, de fijo que no era por su culpa, ya que debía de querer encontrarse en aquella población tanto cuanto Jaime anhelaba verla en ella. Es cierto; pero mi amigo estaba tan mustio, que empezó á comprender que las fuerzas humanas tienen un límite, y que al cabo de ocho días de tales emociones, ó tendría que sucumbir á ellas ó resolverse á esquivarlas.

Jaime echó la carta al buzón y se fué á vagar por el campo; pero no lloraba como en Hanóver, ni estaba triste como en Breslau, ni sentía cólera contra el duque, ni siquiera tenía cabal conciencia de sus actos y de si amaba ó no amaba á la duquesa; estaba embrutecido—este es el vocablo—como quien ha recibido en la cabeza un fuerte golpe.

—No, decía Jaime para sus adentros, me sería imposible permanecer aquí. Todo cuanto ayer me espaciaba y ayudaba á esperar, ahora que he aguardado inútilmente se me haría insoportable. Estoy resuelto, si mañana no está en Pless, me vuelvo á París; allí, entre los que bien me quieren, la aguardaré con más sosiego.»

Jaime no regresó á la posada, donde estaban en la inteligencia de que había partido; y es que no quería ver á persona alguna, es que sólo el notar la admiración del posadero, al verle entrar de nuevo, le hubiera dado fatiga. Además, era probable que el médico le interrogara, y á la verdad, ¿qué provecho le habría reportado el satisfacer la curiosidad de aquellas gentes, que al fin y á la postre no podían serle útiles? Sin embargo, el tren pudo no haber conducido á Anita, pero sí traído carta de ella aclaratoria de lo que pasando estaba, y de no regresar á la posada, donde él había manifestado que se ponía en camino para Francia mandarían á París la carta, de la que no podría enterarse antes de transcurridos ocho días, que eran los que se necesitaban para hacer que se la reexpidieran.

No bien Jaime hubo hecho esta reflexión, cuando volvió

pies atrás, y tomó, no al paso, sino volando, la vuelta de la posada, á la que llegó sudando á mares. Al verle, el posadero estuvo en un tris como no profirió un grito.

—¿Hay carta para mí? preguntó Jaime enjugándose la frente.

—No, señor, respondió el posadero.

—¿Está usted seguro de lo que dice?

—Segurísimo; el cartero ya ha pasado por aquí y no ha traído carta alguna para usted. Créa que ya estaba usted muy lejos.

—No parto hasta mañana.

—¿Aguarda usted carta para ponerse en camino?

—No, para hacerlo esperaba la llegada de una persona, respondió Jaime, más bien hablando consigo mismo que con el posadero.

—¿Debía venir en el tren de Viena?

—Sí.

—Puede que la persona esa llegue en el tren de la tarde.

—¡Caramba! y es verdad que pasan por aquí dos trenes al día, exclamó Jaime, que se había olvidado de tal circunstancia y ahora sintió impulsos de abrazar al posadero en pago de las benéficas palabras que acababa de proferir.

Y otra vez invadieron el espíritu de mi amigo todas las suposiciones razonables y todas las nuevas probabilidades de ver llegar á Anita.

El segundo tren llegaba á las siete, pero Jaime, á las cinco y media estaba ya en la estación, donde comió.

—Mejor que llegue en ese tren, decía entre sí nuestro héroe, pues como no parte de nuevo hasta mañana, se verá obligada á pasar la noche en Pless. Y que es probable, casi seguro que llegará, lo prueba el que no me ha escrito.

Interin, Jaime recordaba toda su historia con aquella mujer, desde que la vió por vez primera en casa de Vladimiro, donde la aguardara, como la aguardaba en aquel instante, con una emoción que era, comparada con la que ahora sentía, como el presentimiento respecto de la realidad. ¿Qué acontecimientos habían pasado desde aquel día! Allí, á dos mil kilómetros de su tierra, de sus amigos y de su madre, quizá dentro de una hora iba á ver de nuevo á la duquesa, ó quizá también no volvería á verla nunca jamás. ¿Era verdad todo aquello? Sí. ¡Pobre mujer! ¡qué

buena, franca y abnegada se había mostrado durante todo el tiempo transcurrido desde aquella primera entrevista! ¿Quién les dijera entonces á los dos que llegarían á tal extremo? ¡Qué hermosa estaba Anita aquel día, qué graciosamente coqueta! ¡Y cuán seductiva se mostró por la noche! ¿Y la visita del principito? ¿Y aquella dulcísima plática en que ambos estuvieron engolfados hasta el alba? ¿Y la escena de la sortija? ¿Y los paseos misteriosos? ¡Ah! ¿de nada servirían todos aquellos recuerdos? ¿todas aquellas realidades no afluirían más que á una separación? ¿y á una mujer como la duquesa había él escrito, por la mañana, una carta tan dura y tan injusta? porque injusta lo era aquella carta, sí, señor, y mucho, ya que Anita no había desperdiciado ocasión para probarle su amor.

—¡Ah! merezco un castigo, murmuró Jaime hablando consigo mismo; pero ella me ama, y comprendiendo que mi carta es hija de un momento de arrebato, me perdonará.

Una hora después de haber nuestro héroe formulado las precedentes reflexiones, entró nuevamente en la posada, tan triste como por la mañana. El tren, que lo era de mercancías, no había conducido ni un solo pasajero.

No necesito decir qué noche pasó mi amigo, el cual sentía entibiarse poco á poco la determinación que de partir tomara, á proporción que iba acercándose la hora de efectuarlo; y es que nos sentimos sujetos por invisibles lazos á los lugares donde hemos empezado á aguardar á una persona querida y á la que nos parece que no vamos á poder ver de nuevo sino en el sitio en que nos encontramos. Cuando el corazón ha dado y recibido una cita, si, en el instante mismo en que la cita fine, no nos sentimos con fuerzas para alejarnos, hay probabilidades—no es una exageración—de que nos quedemos aguardando toda la vida. En vez de traer una probabilidad negativa, cada minuto sustituye con una esperanza nueva la esperanza perdida; parécenos que tan buen punto nos hayamos alejado, va á llegar la persona deseada. No acertamos á convencernos de que hayamos perdido tanto tiempo por nada, y entonces aguardamos con convicción, con pertinacia, con cólera, pareciéndonos cosa de poco más ó menos todas las demás ocupaciones que á la cita aquella seguir debían. En tales circunstancias, la espera toma el carácter de necesidad, y nos acostumbramos á los objetos más insignificantes que

nos rodean, en los que empezamos por buscar una distracción maquinal y acaban por sernos casi indispensables; estamos ligados á ellos, nos causa aflicción el dejarlos. Entonces nos paseamos entre dos límites imaginarios, como una fiera en su jaula, vamos de esta á aquella casa, volvemos el rostro en tal sitio, nos detenemos un instante en tal otro, caemos en supersticiones ridículas, y establecemos á bulto necesidades faltas de sentido común. «Si la primera persona que pase por la calle, nos decimos, es de esta ó de la otra manera, será señal de que vendrá la que estoy aguardando; si de tal otra, es que no vendrá, y entonces, tanto peor, me iré.» Pasa la persona, y á dar por buena nuestra superstición, deberíamos marcharnos; pues no, señor, nos quedamos y seguimos nuestros paseos. Las caderas se nos meten en el cuerpo, se nos encoge el estómago, se nos hinchan los pies, los sesos se nos vacían, conocemos que nos convertimos en idiotas, tenemos el sentimiento de la inutilidad completa de nuestra persistencia, y con todo esto seguimos aguardando, y de esta suerte pasamos la mitad del día, si no el día entero. Únicamente la noche ó la ridiculez nos arrancan del lugar en que estamos, y aun después que nos hemos ido, antes de recogerlos hallamos modo de pasar por él dos ó tres veces.

Tal era el estado de Jaime, con la única diferencia de que no aguardaba en la esquina de una calle, sino en tierra extranjera: no á pocos pasos de su casa, sino á dos mil kilómetros de ella. Alejarse del lugar de la cita era, pues, no aplazar su esperanza para el día siguiente, mas romper definitivamente con ella; regresar á París, equivalía á confesar que había hecho mal en salir de ella; era dar en un minuto un mentís á cuanto él hiciera de un mes á aquella parte; era reconocer que Anita le había engañado y él sido un tonto en creerla, ó demostrar que él no la amaba: peor todavía era alejarse voluntariamente de ella.

Jaime aguardó, de esta suerte, ocho días. ¡Ocho días! ¿Ustedes se hacen cargo de cómo debió pasarlos mi amigo? Ocho días empleados en no hacer más que llegar á la estación por la mañana y por la tarde, escudriñar todos los coches, y luego volverse cada vez con una nueva decepción y un nuevo temor, que al acumularse en su pecho iban preparando la desesperación, al igual que las nubes que se amontonan en el espacio preparan la tormenta.

Es incalculable el número de veces que Jaime leyó la última carta de Anita.

«Probablemente partiremos dentro de tres días.» Así empezaba la carta. Probablemente, no era una seguridad, luego hizo mal en esperar la realización para una fecha demasiado inmediata. De antemano el probablemente daba á suponer un retardo ó un impedimento; de consiguiente hizo bien en quedarse. Sin embargo, conceder dos, tres ó cuatro días á las probabilidades, era cuanto podía exigir aquel adverbio, y Jaime hacía una semana que estaba aguardando.

Todos los días, y durante el intervalo de tren á tren, mi amigo escribía una carta á la retardatriz, ora preñada de súplicas, ya llena de reproches, ora demostrativa de su dolor, ó bien dejando transparentar la duda. Jaime ya no discutía el influjo de la esperanza, sino que se abandonaba á las primeras impresiones. «Por Dios, Anita, le escribió una vez, dígame usted qué pasa, á qué obedece su silencio. Por favor le ruego que me escriba, no sean sino dos palabras.» Y al otro día: «Se ha burlado usted de mí. En la conducta de usted hay un misterio impenetrable. Usted fué quien quiso trasladarse á Viena, sabiendo, como sabía, que yo no podía reunirme en ella con usted, que se ha olvidado de todos sus juramentos y carece de corazón para quien la ama.» O bien: «Deposite usted en mí toda su confianza: dígame toda la verdad; si ocurre alguna novedad, no vacile en decírmelo. Ya sabe usted que la amo de todo corazón. Si debo aguardar algunos días más, aguardaré, se lo juro á usted, pero á lo menos sepa yo á qué atenerme.»

Jaime no recibió la más mínima respuesta. En realidad había para volverse loco.

MI AMIGO YA NO PONTA LOS PIES FUERA DE LA POSADA MÁS QUE PARA LLEGARSE Á LA ESTACIÓN, Y AUN DURANTE AQUELLOS OCHO DÍAS, POR DOS Ó TRES VECES NO SE MOVIÓ DE SU CUARTO Á LA HORA DE LA LLEGADA DEL TREN, FINGIENDO OCUPARSE EN OTRA COSA. JAIME HABÍA OÍDO DECIR, Y PRUBADO POR SÍ MISMO, QUE EL ACASO SE COMPLACE EN ENVIARNOS LO QUE ESPERAMOS CUANDO MENOS LO ESPERAMOS; PERO POR MÁS QUE AQUEL HACÍA, SI NO EN PERSONA, ESTABA CON EL PENSAMIENTO EN LA ESTACIÓN; CERCA Ó LEJOS, SIEMPRE ESTABA AGUARDANDO, Y EL ACASO, MÁS DIESTRO QUE ÉL, NO SE DEJABA SORPRENDER.

Jaime había dejado de frecuentar el trato de sus nuevas amistades, y á mí no me comunicaba todas sus zozobras; y

es que no quería que yo le hiciese observaciones y le diese consejos que las circunstancias habrían justificado; observaciones y consejos que, por otra parte, él mismo ya se veía obligado á hacérselas y dárselos.

Como hemos dicho, pasaron ocho días, cuando por la noche del noveno, y después de haber regresado á la posada, entrado en su cuarto, sentándose junto á la mesa apoyando el codo izquierdo en ésta y en la mano la cabeza para entregarse á la única distracción á que se propasaba, como era el contemplar con tristeza cómo ardían las dos bujías, una de las criadas de la posada llamó á la puerta.

—Adelante, dijo nuestro héroe. ¿Qué se ofrece?

—Preguntan por usted, respondió la sirvienta.

—¿Por mí?

—Sí, señor.

—¿Es dama ó caballero? preguntó Jaime con el corazón alborotado.

—Dama.

—¿Joven ó anciana?

—Joven.

—¿Llega de Viena?

—Sí, señor.

—¿Dónde está? exclamó mi amigo casi sofocado.

—En el número 9.

Jaime corrió como un loco hacia la puerta del número 9, y la abrió atropelladamente y gritando: «¡Anita! ¡Anita!» pero apenas hubo atravesado el umbral, cuando se detuvo como petrificado. En aquel cuarto había, en efecto, una mujer joven, y ésta le hiciera llamar; pero aquella mujer no era la duquesa.

—Usted dispense, señora, balbuceó mi amigo pasándose á pesar suyo la mano por la frente, pues se sentía palidecer y próximo á tambalearse; usted dispense la manera como me he presentado; pero creía hallar aquí una persona que no hubiera comprendido que me hubiese presentado de otra suerte.

—Está usted dispensado, profirió la joven, que al ver presentarse de tal modo á nuestro héroe, no manifestó la más leve extrañeza; luego añadió con leve acento extranjero, pero en francés correcto: la persona á quien está usted esperando no puede venir, y por desgracia quizá no pueda efectuarlo hasta transcurrido largo tiempo.

—¿La ha visto usted, señora? preguntó Jaime acercándose instintivamente á la desconocida.

—Sí, señor.

—¿Y qué se opone á su venida?

—Está gravemente enferma.

—¿Gravemente enferma! repitió Jaime con espanto. Luego, y casi al mismo instante, movió la cabeza en señal de duda.

—Esto es lo que me ha encargado que le dijese á usted, y esto también lo que yo he visto con mis propios ojos, prosiguió la dama. Hace más de ocho días que la duquesa está en cama, y como no le era posible hablar con persona alguna en quien depositar su confianza, por eso no ha podido comunicar noticias suyas á los amigos que las aguardaban. La pobre tenía una calentura cerebral y se pasaba las horas en un delirio, en medio del cual no pronunciaba más que un nombre, que probablemente será el de su hijo, si es varón el que va á nacer. En verdad, durante estos ocho días la duquesa ha estado más cerca de la muerte que de la vida.

—¿Y ahora?

—Todavía no está en disposición de levantarse, y cuando lo haga es más que seguro que no podrá salir de su dormitorio antes de cuatro ó cinco semanas.

Como se ve, Jaime no solamente debía renunciar á toda esperanza, más también á lo incierto.

—¿Es cuanto me ha hecho el favor de encargarse respecto de mí, señora? preguntó mi amigo con voz atragantada.

—No, señor; traigo también una carta para usted; tómela usted.

—Gracias, señora, repuso Jaime tomando la carta, y aunque la noticia que usted me ha traído sea de las más tristes que yo pueda recibir, no por eso se la agradezco á usted menos.

Dichas estas palabras, mi amigo se dispuso á salir, llevando impresa en el semblante una emoción que explicaba claramente la necesidad que de estar solo sentía el desventurado.

—Lea usted aquí esta carta, caballero, dijo la dama con acento de verdadera simpatía, y una vez la haya usted leído, si todavía tiene usted que pedirme algo y está en mi mano complacerle, disponga usted de mí. A la duquesa sólo la co-

nozco desde su llegada á Viena; pero comprendiendo cuánto sufre y sintiendo amistad por ella, yo misma me ofrecí á desempeñar esta comisión. Quizás hasta que aquella señora salga de su dormitorio no podrá usted recibir nueva carta de ella, pues espían todos sus actos, y de cuantos la rodean no hay uno que la quiera lo bastante para echar al buzón una carta dirigida á usted.

Jaime abrió con mano trémula la carta que la desconocida acababa de entregarle, y, sin que tuviese necesidad de leerla, conoció que iba á echarse á llorar como un niño, á derramar las lágrimas que, desde hacía ocho días, no aguardaban más que un pretexto para saltársele de los ojos; y el pretexto se lo ofreció aquella última decepción.

La carta de la duquesa no contenía más que algunas líneas trazadas con insegura mano, y casi ilegibles.

«Dios me sujeta á dura prueba y me castiga cruelmente, decía Anita. Estoy moribunda, y quizá me muera sin que pueda verle á usted otra vez. ¡Pobre amigo mío! ¡Cuánto debe usted haber sufrido de ocho días á esta parte! La persona que le entregará á usted la presente me es muy afecto y le dirá á usted el estado en que me encuentro. En mí no vive más que el amor que aliento por usted. Pero no tema, viviré, se lo juro, y le veré á usted de nuevo; mas suceda lo que quiera de aquí á entonces, no dude usted de mí, por favor se lo ruego. Apenas si puedo sostener la pluma con que le escribo á usted. Como yo pudiese verle á usted, paréceme que sanaría, pero es imposible. El médico me dice que tengo para un mes antes no me sea dado ponerme en camino. Van á conducirme al campo. Usted vuélvase á París, amigo mío, porque le prometí no hacerle pasar de Pless, y no puedo disponer del tiempo de usted; pero con toda el alma le pido que no me olvide. Si pasa usted algunos días sin recibir noticias de mí, no se alarme usted ni dé entrada á la duda; más adelante se lo explicaré á usted todo, pues volveremos á vernos, se lo he jurado á usted, y cumpliré mi juramento. Fie usted en la persona que le entregará la presente; pero no la mire mucho, porque es más hermosa que yo. Esa dama se dirige á Carlsbad, y ha consentido en desviarse de su ruta para verle á usted y decirle que me ha visto; y como desde Carlsbad se irá á París, le encargo á usted que una vez en esta última ciudad, la visite usted y le dé cartas para mí, que quizás ella haga llegar á

mis manos. Quisiera no apartarme nunca del papel en que le escribo á usted; pero se me turba la vista hasta el punto de hacérseme invisibles las líneas que estoy trazando y que no sé si acertará usted á leerlas. Le amo á usted. No me olvide. Suya hasta la muerte.»

He aquí adónde había venido á parar aquel viaje; ahí á qué vaga y misteriosa solución debían conducir á Jaime todas sus zozobras y sacrificios; ahí de qué manera debían cumplirse los juramentos de Anita.

Jaime, de cuyos ojos se desprendieron gruesas lágrimas que cayeron rodando sobre aquel papel, del que ya no distinguía los caracteres, no se atrevía á levantar la cabeza para no descubrir su llanto á la mensajera, que, conmovida, estaba mirando á aquel pobre muchacho que no podía hablar ni osaba levantar la frente.

La desconocida, que no quiso ofender el pudor de aquella pesadumbre silenciosa y verdadera, halló manera de salir del cuarto por un instante, y cuando entró de nuevo en él, Jaime se había enjugado ya los ojos y recobrado fuerzas para algunos momentos.

—Doy á usted otra vez las más encarecidas gracias, señora, dijo mi amigo mirando á la dama, que en efecto era hermosa; pero todavía tengo que pedirle á usted un favor.

—Diga usted, caballero.

—La duquesa me comunica en su carta que van á conducirla al campo.

—Es cierto.

—¿A qué sitio del campo la conducen?

—Lo ignoro.

—Señora, dígamelo usted, se lo ruego, se lo suplico.

—Le juro á usted que lo ignoro.

—Adiós, señora, y perdóneme que la haya molestado tanto tiempo.

—Caballero, repuso la dama como para llamar á Jaime, que retrocedió, ¿no tiene usted más que pedirme?

—No, señora.

—Como es fácil que se me presente ocasión de escribir á la duquesa, pensé que por mi intermediación no quisiese usted hacerla sabedora de alguna cosa.

—De nada, señora.

—Hace usted mal; la pobre sufre, es muy desgraciada, y usted la abandona.

—No la abandono, señora; y en prueba de ello voy á partir.

—¿Para dónde?

—Para Viena.

—No está allí.

—Ya me dirán dónde podré hallarla.

—No lo creo.

—¿Qué pasa, pues, señora? Hable usted, se lo ruego con todo encarecimiento, porque aquí hay un misterio que me espanta. O la desgracia es más grande de lo que la duquesa me dice, ó ésta se está burlando de mí.

—¡Ella! ¡ah caballero! es usted injusto.

—En conclusión, señora, dígame usted lo que sabe sobre el particular; ya ve usted en qué estado me encuentro, á pesar de mis esfuerzos por parecer tranquilo. Por favor, señora, dígame usted la verdad.

—¿No se la declara á usted la duquesa?

—¿Ha leído usted su carta, señora?

—No.

—Pues léala usted, y dígame si es posible enviar á un corazón dolorido como el mío una razón más vaga. ¡Que ella sufre más!

—Más, sí, profirió la hermosa mensajera después de haber leído la carta y devolviéndosela á Jaime, y, si quiere usted creerme, haga lo que ella le recomienda; es lo más prudente y seguro. Sólo la paciencia puede arreglarlo todo.

—Únicamente cuando haya agotado los demás recursos me avendré á tener paciencia, señora. ¿Quiere usted que le hable con toda franqueza? no creo en la enfermedad de Anita, y no creo en ella, porque ha venido demasiado á tiempo. Hoy, para creer, necesito ver, y no seré paciente hasta que conozca la clave de este enigma.

—Caballero, para que yo aceptara, para que yo me ofreciera á servir de intermediaria á la duquesa, replicó con dignidad la interlocutora de Jaime, era menester que tuviese una razón muy seria. Tales comisiones no corresponden á mis hábitos ni á mis gustos. Y la razón que me ha movido es la enfermedad de esa pobre mujer, el dolor en que la abismaba la imposibilidad física y material de cumplir un juramento de reunirse á una persona á quien ama; la cual, en mi concepto, cometería una mala acción acusándola y dudando de ella. Ahora, caballero, permítame usted que añada un con-

sejo al favor que supuse podía hacerle. Si, en interés de todos, desea usted que lo porvenir repare las fatalidades de lo presente, obrará usted cuerdamente ateniéndose á lo que le dice la carta esa, esto es, que se vuelva usted á París y espere. La presencia de usted en Pless no puede ya ser de provecho, y cuanto haga usted para entrar en Austria será inútil, pues han tomado toda clase de disposiciones, para vedárselo, ciertos personajes influyentes interesados en alejarle á usted de ella, para que no pueda usted atravesar la frontera. Sin embargo, aunque usted consiguiera atravesarla, no por eso lograría usted ver á la duquesa. No hay quien pueda llegar hasta ella; esto sin contar que una grande emoción la pondría en peligro de muerte. Como hubiese habido manera de verse ustedes dos, ella se lo habría escrito, pues tiene aún la suficiente fe en el amor de usted para pedirle que hiciese usted un centenar de leguas más de camino, si esto debía traer consigo una entrevista entre usted y ella. Tenga usted la seguridad más completa de que la duquesa le ama á usted; no dude de ella, ámela usted, y el tiempo hará lo demás. Interin, como ella se lo dice á usted en su carta, puede usted disponer de mí. Ahora salgo para Carlsbad, desde donde me trasladaré á París, para luego regresar al Austria, mi patria. Si usted quiere por mi conducto escribir á la duquesa, paréceme que podré hacer llegar á manos de la misma las cartas que usted para ella me confíe. Por lo demás, dentro de dos meses, á lo sumo, estarán ustedes reunidos, y para dos corazones que están seguros uno de otro, una separación de dos meses no es asunto de tanta monta como eso.

—Señora, le agradezco á usted en el alma sus buenos consejos y su benévola intervención, pero no quisiera abusar, profirió Jaime con acento que no era del todo confirmación de sus palabras. La duquesa me hizo un juramento solemne, y no lo cumple; luego me corresponde indagar las causas de tal perjurio. Ó la veré en Viena, ó todo habrá concluido entre nosotros.

—Mire usted lo que hace, caballero, y no añada usted nuevas desventuras á las que ya existen, repuso la desconocida.

Jaime se inclinó sin añadir palabra, y se despidió de su interlocutora, que al ver del modo cómo concluía aquella escena, debió de haber sentido mortificada su dignidad.

XXV

Mi amigo conocía claramente que le escondían parte de la verdad, si no toda, y al ver la poca confianza que tenían en él, sintióse humillado en su amor. Avergonzado entonces del papel ridículo que desempeñara durante aquellos últimos ocho días, al ir á aguardar á una mujer que no debía llegar y que podía creer que él iba á contentarse con las vagas razones que le daban y con las promesas todavía más vagas para lo porvenir, sintió cómo se le sublevaba dentro del pecho algo así como una especie de odio á la duquesa, y entrando en su cuarto y comprendiendo que nosotros podíamos estar en zozobra al ver que no venía, me escribió lo siguiente, sin otra explicación:

«He retardado un poco mi partida; pero al fin salgo de Pless. No me dirijas, pues, aquí ninguna carta más. Dentro de ocho días estaré en París.»

Esta carta era brevísima, pero encerraba algo formal que me hizo presentir que en la historia de aquellos amores había ocurrido una nueva peripecia; y digo presentir, porque en aquel entonces no me eran todavía conocidos los precedentes pormenores.

Entonces empecé á creer en el regreso de Jaime, y me fui á casa de la señora de Feuil—que por poco que aquello continuara iba á enfermar—para tranquilizarla dándole á leer la carta de su hijo.

Una vez hubo escrito la carta que cito en el anteprecedente párrafo, Jaime salió para echarla al buzón, y luego, aunque era un poco tarde, se encaminó á casa del comisario, mientras decía entre sí: «Ese hombre ha sufrido, es discreto, y tiene corazón; de consiguiente, no me negará lo que voy á pedirle.»

Transcurrieron ocho días sin que mi amigo pareciese por París, y tras los ocho otros tantos, y tres semanas.

Excuso decir que yo, de tiempo en tiempo, enviaba ó iba personalmente á decir á la señora de Feuil que había recibido noticias de su hijo, lo cual no era verdad; mas era preciso tranquilizar á aquella madre, que no profería queja alguna, pero que, por lo mismo, sufría más hondamente.

Lo positivo es que la buena señora y yo estábamos con una zozobra mortal. ¿Qué había sucedido? Esto me preguntaba yo á mí mismo mientras forjaba sobre Jaime las conjeturas más diversas; y aun me aconteció que ora me asaltaba el temor de recibir una noticia funesta, ora acusaba á aquél de ingrato para con su madre y para con nosotros sus amigos.

Una noche volvía yo de cenar con un compañero que había estrenado aquel mismo día una obra dramática, y me encaminaba con toda tranquilidad á mi casa, cuando al encontrarme de ella á unos cuarenta ó cincuenta metros, vi un bulto que se estaba paseando por delante de mi puerta y que al ruido de mis pasos se volvió y vino derecho á mi encuentro. Confieso que, en aquel instante, mi pensamiento estaba muy lejos de Jaime. Era él; pero ¿en qué estado, Dios mío! los cabellos hechos un zarzal, crecidas las barbas, pálido, cubierta la cabeza con una gorra, polvoriento, extenuado de fatiga, la corbata enrollada como una sogá y la camisa sin cuello.

—¡Tú! exclamé abrazándole. En fin, nunca es tarde cuando llega.

—Yo, sí, repuso Jaime con voz desfallecida y tendiéndome una mano abrasada por la fiebre y que reclamaba con urgencia agua y jabón. Hace tres horas que me estoy paseando por delante de tu puerta, y como quería verte antes de irme á mi casa, te hubiera aguardado hasta mañana. Pero subamos, que me caigo de fatiga. Me he llevado cien horas de tren, sin comer y sin dormir apenas, y no me queda tiempo más que para meterme en cama y ponerme enfermo con toda comodidad.

—¿No has visto á persona alguna todavía? le pregunté una vez en casa.

—Absolutamente; no he hecho más que venirme directamente aquí. Ni siquiera me he atrevido á ir á ver á mi madre.

—¿Y eso?

—Por temor á que me respondieran que había muerto.

—Está buena.

—Loado sea Dios.

Ya en mi cuarto, Jaime se dejó caer en una silla de brazos.

—¿Has llegado solo á París? le pregunté con timidez.

—¿Acaso podía eso concluir de otra manera? me respondió con amargura mi amigo.

—¡Pobre muchacho! repuse.

—Lo que no acierto á explicarme es cómo todavía existo.

—¿De dónde vienes?

—De Viena, de Ofen, de Hermanstadt, del corazón de Austria, y si no vengo del otro confín de Europa es porque se me acabó el dinero. Dame un vaso de agua.

Jaime estaba tiritando, y eso que nos encontrábamos en mitad del verano. Hice lumbre, pues, y luego le miré con atención profunda. Realmente parecía otro. Al verle en tal estado, no me atreví á interrogarle; á bien que las pocas palabras que él me dijera y el aspecto general de su persona eran más elocuentes que cuanto pudiera haberme relatado. Además, ni él sabía por dónde empezar, tantas cosas tenía que comunicarme.

—Acuéstate, me dijo, yo voy á dormir junto á la lumbre, en este sillón. En mi casa me sería imposible conciliar el sueño.

Jaime apuró el agua que aun quedaba en el vaso, colocó éste sobre la chimenea, y después que lo hubo contemplado con grande atención, dijo:

—Es el mismo en que bebí el día de mi partida. ¡Cuántas cosas han pasado entre estos dos vasos de agua!

Jaime apoyó la frente en la mano, y en un minuto cruzaron atropelladamente por su imaginación los recuerdos que acababa de evocar.

—Debías tenerme por difunto, continuó mi amigo.

—Tanto como eso, no; pero estaba desasosegado; ello no obstante, siempre le decía á tu madre que recibía noticias de ti.

—Obrabas santamente.

—Pero ¿por qué no nos escribías?

—¡Escribir! ¿qué? me hallaba ya á mí mismo más que medianamente ridículo sin tener necesidad de comunicároslo, profirió Jaime echándose á reir con dolorosa ironía. Y como respondiéndose en alta voz á sí, añadió mientras le castañeteaban los dientes: ¡ah! cuando imagino lo que he hecho, no puedo menos de reirme. En fin, prosiguió levantándose y paseándose con las manos en los bolsillos, todo ha concluido, no se hable más de ello. ¿Y tú, qué tienes que contarme? ¿De dónde venías esta noche?

—Del teatro.
 —¿Te has divertido?
 —Sí; han estrenado una pieza de Emilio.
 —Mañana iremos á verla.
 —Estarás aún excesivamente fatigado.
 —¡Bah! además, necesito tratar de nuevo á la gente. ¿Qué ha sido de Isabel?
 —Ha hecho las paces con Jorge.
 —¿De veras?
 —Como suena.
 —¿Y es dichosa?
 —Así parece.
 —¿Para qué romper, si luego hay que reconciliarse? ¿Por qué unirse, ya que es menester separarse? ¿Qué bestia es la vida, Señor! ¡qué bestial exclamó Jaime sentándose nuevamente en su silla de brazos.

La descosida conversación de mi amigo nada me enseñaba, y como yo deseaba saber algo, pregunté á aquél si se quedaría por mucho tiempo en París.

—¿Cómo por mucho tiempo! para siempre, á lo menos así lo espero, respondió Jaime. Ya estoy harto de viajes como este.

—Es que contigo uno nunca sabe...
 —Haces bien en burlarte de mí; pero te desafío á que en este punto llegues adonde yo de mí mismo.

—¿Qué ha pasado, pues?
 —¿Como cuesta tanto adivinarlo! He sido engañado, burlado, escarnecido por esa mujer, que me ha mentido impudica y traidoramente. En una palabra, nunca ha sentido amor por mí. Ya la conocía bien Vladimiro. En fin, es una lección, y si en mi vida vuelvo á dar crédito á mujer alguna...

—¡Bah! como ahora se te presentara la duquesa, le echarías los brazos al cuello.

—No lo creas, me contestó fríamente mi amigo; llega momento en que la dignidad se despierta y rechaza las cobardías del amor. Entre esa mujer y yo todo ha concluido, lo juro por mi madre. Ea, veo que tienes sueño; duerme; yo voy á ver si puedo hacer lo mismo.

Jaime se tendió en un sofá, envolvióse en una manta, luego se echó su capa encima, y no volvió á proferir palabra. Diez minutos después estaba entregado á un sueño fe-

bril, pero al fin dormía. En cuanto á mí, me tenía tan admirado el regreso de mi amigo y me daba tanta lástima el estado en que le veía, que no pude pegar los ojos hasta la madrugada. Al abrirlos de nuevo, el sofá estaba vacío; Jaime se había marchado sin despertarme; pero á las once volvió afeitado, cubierta con un sombrero la cabeza, descansado y casi alegre.

—Vámonos á almorzar, me dijo, estoy pereciendo de hambre.

Cualquiera habría dicho que Jaime no se había movido de París, de tal suerte estaba otra vez en su centro, á bien que, en la cadena de los hábitos, lo que más fácilmente se solda es la partida con la llegada. A la hora de haber regresado un amigo, parecenos que nunca se ha separado de nosotros.

—Vengo de casa de mi madre, me dijo Feuil; al verme, casi se ha sentido mal. ¡Cuando pienso que he pasado tres semanas sin escribirle y que por un momento la olvidé! ¡Vágame Dios! La pobre quería que no me moviera de su lado en todo el día: pero me hubiera interrogado, y apiadándose de mí, y no estoy para que me compadezcan é interroguen. Me he propuesto olvidar todo lo posible, y á mi madre le basta tener la seguridad de que estoy vivo y de que no salgo otra vez de viaje. Vámonos á almorzar.

Jaime, que no acertaba á estarse quieto, y yo, salimos, y ya en la calle, aquél echó á andar de prisa respirando con frenesí el aire parisiense de que estuvo privado por tanto tiempo, esforzándose en aspirar con él su vida pasada y el olvido de lo presente, y mirando con semblante risueño á los desconocidos que con él se cruzaban. Todo lo hubiera querido ver mi amigo en un solo día. Los placeres que antes le inspiraban más desdén, ahora los celebraba. ¡Qué! ni en un mes habría sido posible hacer lo que él se propuso aquel día. En media hora me obligó á almorzar.

—Vámonos al campo, me dijo al levantarnos de la mesa mi amigo; necesito aire. Lleguémonos á casa de Isabel.

En medio de todo eso, Jaime no me daba ni la más leve noticia referente á su regreso, que para mí continuaba siendo un misterio. Era evidente que lo que aquél procuraba era ahogar en su imaginación el recuerdo.

Media hora después entramos en la casita que ya conoce el lector, y allí fué de ver y oír con qué exclamaciones de

júbilo y con qué granizada de preguntas recibió la de Norcy al viajero; el cual, comprendiendo que no había manera de evitar las explicaciones, dió á su fisonomía un gesto burlesco que cerró todo resquicio á los enternecimientos que de él pudiesen haberse apoderado á no haberlos puesto á raya, y que de antemano cortaba el camino á todo comentario serio y solemne.

—¿Es absolutamente necesario que les cuente á ustedes el fin? nos preguntó Jaime.

—Sí.

—¿No se apiadarán ustedes de mi suerte?

—No.

—¿Me prometen ustedes no volver nunca jamás á hablarme de este asunto?

—Se lo prometemos á usted.

—Pues escuchen ustedes el fin de la historia de un hombre enamorado, continuó mi amigo con risa y voz que me hicieron mal.

Jaime, que debió haber sufrido mucho, y aun debía sufrir grandemente para hallar tales inflexiones de voz al hablar de la duquesa y de regreso de un viaje que era la demostración más palpable del profundo amor que por ella sentía, nos contó lo que ustedes han leído, hasta el instante en que él fué á ver al comisario de Pless.

Al llegar aquí, mi amigo, que indudablemente hubiera querido no pasar adelante, hizo una pausa.

—¿Y entonces? preguntó Isabel.

—Entonces, prosiguió Jaime, dando á pesar suyo salida á las notas graves de su todavía palpitante dolor; entonces conseguí un pasaporte falso. Nunca olvidaré el favor que, á pique de perder su destino, me hizo aquel hombre.

—¿Y salió usted para Viena?

—El mismo día.

—¿Llegó usted allá sin tropiezo?

—Sin; y en Viena fué donde comenzó la farsa. La duquesa hacía ocho días que no estaba allí.

—¿Qué! ¿enferma se puso en camino?

—¿Y qué tenía que haber estado enferma!

—Así, pues, su última carta...

—Era una pura mentira.

—¿Imposible!

—Tal como suena.

—¿Y para dónde había salido la duquesa?

—Para Ofen, según decían.

—¿Y usted la siguió?

—Sí, pero no di con ella, pues no había hecho más que pasar por la ciudad, y aun quien me informó no estaba seguro de que realmente fuese la duquesa la que por allí pasara. Diéronme sus señas á bulto, y en ellas me obstiné en reconocerla. Luego salí para Hermanstadt, adonde me habían dicho que la duquesa se marchara, y, lo mismo que en Ofen, tampoco la hallé. No obstante, pude todavía recoger algunas indicaciones, si bien muy vagas; y guiado por ellas me trasladé á Moravia con igual negativo resultado que en Ofen y en Hermanstadt. Nada, que me había convertido en el Judío errante del amor; y hubiera seguido hasta no sé dónde, á no haber notado que mi bolsa tocaba á su fin, y á no ser que, por fortuna, volvía la lucidez á mi cerebro. Entonces empecé á comprender lo ridículo de mi posición, y cuánto más lo sería si me clavaba allí una enfermedad ó la carencia de dinero. Así, pues, hice el firme propósito de no ir más allá; y como, por otra parte, mi bolsa me demostraba la imposibilidad de proseguir aquella persecución inútil, no tuve que esforzarme tanto en cumplir mi juramento. Di el primer paso de regreso, lo cual no era muy divertido; y me volví á Pless, en donde había encargado que me guardaran las cartas que para mí llegar pudiesen; pero no hallé ni una. ¡Ah! ¡Cómo se habían burlado de mí! Entonces no me alentó más que un pensamiento, huir de aquella mujer, así como un mes antes no pude hacer más que seguirla, y me subí al tren... y heme aquí. No quiero hablarles á ustedes de las reflexiones que hice durante el camino, para no aburrirles; bástame comunicarles el resultado: he recorrido seis mil kilómetros por esa mujer, y ahora no iría de aquí á París para verla.

—Usted exagera, profirió Isabel.

—No lo crea usted, digo la pura verdad, replicó Jaime.

—La duquesa le amaba á usted.

Mi amigo encogió los hombros.

—Le ha dado á usted pruebas de que le amaba, continuó la de Norcy. Usted mismo me lo escribió; ya verá usted como regresa á París.

—¿Y á mí qué?

—Írá usted á verla.

—¿Yo? ¡nunca!
 —O le escribirá á usted y usted le contestará.
 —Si me escribe no leeré sus cartas.
 —Entonces nunca la ha amado usted.
 —Puede que tenga usted razón, contestó Jaime como para atajar el camino á objeciones que todavía le penetraban en lo vivo.

—Quien ama perdona, añadió Isabel dando un suspiro; me consta; donde no, el amor propio y el amor padecen más. En fin, yo lo he querido, y, por consiguiente, no me cabe el derecho de queja.

—Ea, dijo Feuil con el verdadero tono de la filosofía alegre, por lo que se ve, el amor es negocio triste y no recompensa los sinsabores que causa.

—¿A mí me lo dice usted? repuso la de Norcy. ¿Conque ahora va usted á hacer la vida alegre?

—¡Vaya!

—¿No me pregunta usted por Carlota?

—¡Calle! y es verdad; ¡pobre Carlota! ¿qué ha sido de ella?

—Se ha ido á baños.

—¿Sola?

—No.

—¿Con mi sucesor?

—Lo ha adivinado usted.

—¿Luego se ha apoderado de ella una verdadera pasión?

—Así quiere darlo á entender; y usted ¿qué va á hacer?

—¿Qué quiere usted que haga? trabajar otra vez, que bien lo necesito.

Comimos en casa de Isabel, y á las once de la noche estábamos de regreso en París, por cuyas calles nos hubiéramos estado paseando hasta el amanecer, de haber dado gusto á mi amigo, que de ningún modo quería recogerse, tan poco seguro de sí mismo estaba todavía para quedarse solo por mucho tiempo. Sin embargo, le conduje hasta la puerta de su casa, y como no me asistían las mismas razones que á él para permanecer en vela, fuí á acostarme.

A la mañana siguiente llevé á casa de Jaime el retrato y las cartas que me confiara, y le vi palidecer al tocar el primero, en que fingió no reparar, y al tomar las segundas. Luego metió retrato y cartas en un cajón, y para evitar que la conversación entrara en un terreno en que por sí

habría entrado, me preguntó si el príncipe de Rivá continuaba viviendo en París.

—Sí, le respondí; muy á menudo le encuentro á caballo; me ha preguntado por ti con frecuencia.

—Le debo una visita; ¡es tan afable conmigo! ¡Ah! esta noche he trabajado un poco.

—Mejor.

—En Silesia oí unas arias de origen que no conozco y de corte singular, que las tocan por las calles una especie de mendigos. Las trasladé á mi cartera, y esta noche he compuesto sobre ellas una fantasía que me parece original.

Dichas estas palabras, Jaime se sentó al piano y me hizo oír aquella primera composición, de sentimiento indescriptible.

—Quizás este viaje te haya aprovechado desde el punto de vista del talento é imprima á éste otro sesgo, dije á mi amigo.

—Es justo que halle una compensación, dijo Jaime; pero me cuesta aplicarme de nuevo á un trabajo asiduo y regular. Hoy estaba decidido á pasar el día en casa, y, sin embargo no ser más que las once, ya necesito salir; estas paredes me ahogan.

XXVI

Jaime fué á casa del príncipe, que si bien se alegró infinito de verle otra vez, no le dirigió la más leve pregunta respecto de su ausencia. Si Feuil estaba dispuesto á hacerle confidencias, él lo estaba también á recibirlas; pero provocarle él, no, pues era hombre de demasiado buen gusto. Jaime, por su parte, de haberse encerrado en un silencio absoluto hubiera creído faltar á una amistad de que recibiera irrefragables testimonios; así, pues, refirió sucintamente al príncipe lo que había pasado.

—¿Quiere usted que le sea franco? dijo el señor de Rivá, pues opino que obró usted desacertadamente al seguir á la duquesa, porque esto no podía reportar provecho alguno; mas desde el momento en que usted ha adquirido personalmente la prueba de la inutilidad de la seguida, y ella le ha proporcionado tales sinsabores, huelga toda discusión sobre el particular. Ocupémonos pues, únicamente, en lo veni-

dero. Paréceme que ha caído usted un poco en la exageración del sentimiento contrario al que lo indujo á ponerse en camino. ¿Estaba usted seguro, al partir, de amar á la duquesa con tanto ardor como usted creía? ¿Lo está usted ahora de sentir por ella el desapego que dice? No se ofenda usted si le hablo con el corazón en la mano; usted dió importancia á esos amores porque los contrajo en una esfera social cuya intimidad le había sido hasta entonces poco menos que desconocida. En este negocio, y sin que usted lo sospechara, jugó por mucho el amor propio de usted. Esa mujer, joven, hermosa, entusiasta, encumbrada, envidiada y admirada, reunía cuanto era menester para exaltar un espíritu entusiasta como el de usted. Usted la ha amado como artista, y yo, en su lugar, quizás hubiera hecho lo mismo; pero ahora que entre ustedes dos ha surgido una dificultad, y están ustedes separados, examine usted con serenidad las cosas. Por mi parte, no tengo por culpada á la duquesa, y en la mentira de que usted la acusa, veo sencillamente una prueba de amor. Forzosamente hay misterio en lo que ha pasado, misterio que ella no se habrá atrevido á declarárselo á usted y del que usted tendrá la llave un día ú otro. Respecto á si volverá ó no la duquesa, no lo creo, y aun diré que por ella y por usted espero que no vuelva. Los amores de ustedes dos paréceme que han tenido un desenvolvimiento natural; de consiguiente, no pida usted á lo porvenir un epílogo que indefectiblemente ha de ser desgraciado. ¿Qué le queda á usted que hacer? mucho. Puede usted continuar amando á la duquesa, llorarla, darse por mártir y tomarlo todo por el lado elegíaco; pero esto no corresponde á la naturaleza humana, y es incompatible con la edad de usted, con su inteligencia, con la independencia de espíritu indispensable al artista. Usted puede pensar y hablar mal de la duquesa; pero al hacerlo daría usted pruebas de muy mal gusto. Nunca el hombre debe hablar malamente de la mujer á quien ha amado, sea cual fuere la clase á que aquélla pertenezca, y sobre todo cuando ha recibido de la mujer que fué su amante pruebas de amor tan reales como las que á usted le ha dado la duquesa. Olvidarla á rajatablas es muy difícil; odiarla sería muy vulgar; menospreciarla, injusto. Puede usted vanagloriarse de esos amores y servirse de ellos para contraer otros del mismo género. Existe una palabra para calificar á los hombres que se entregan á esta clase de especulaciones, palabra que no recuerdo por lo muy

poco que de ella me sirvo. Y, por último, puede usted tener en consideración las necesidades, comprender que hay sacrificios superiores á las fuerzas de una mujer; calcular que entre lo más deleznable del mundo figuran en primer término esa clase de amores; que no le sería á usted posible fundar nada cierto y estable sobre un pacto de corazón, al cual ninguna institución social ofrece garantías y las tiene todas en contra; que no tiene usted que echarse en rostro cosa alguna; que ha sido usted dichoso, y amado, y que lo es todavía; que nunca se borrará usted de la mente de una de las mujeres más hermosas del mundo; pero que, en definitiva, lo que le está pasando á usted ha pasado también á otros muchos que no por ésto se han muerto; que la sociedad, después de haberse desatado en más ó menos impropiedades, acabará por echar tierra sobre este pequeño escándalo, como por hábito y por interés lo hace siempre; que su condición de hombre le proporciona á usted todos los beneficios del lance y no le abruma con ninguna de las cargas; que si momentáneamente padece usted en sus hábitos y en sus afectos, no sucede lo mismo con la libertad de su vida material; que no tiene usted que rendir cuentas á persona alguna, ni á marido, ni á padre, ni á la sociedad, que si le ha atacado á usted un poco, no puede dañarle; que tiene usted derecho á ir en busca de distracciones adonde más le plazca; que los acontecimientos dan á sus relaciones un desenlace que le autoriza para creer que aquéllas no hubieran terminado nunca, y que en vez de dejarlas fenecer, como todas las demás, en el hábito, el abuso y la saciedad, al romperlas de improviso le dan á usted ocasión para conservar de ellas largo, eterno, piadoso y leal recuerdo; que en medio de todo es usted joven y hombre, es decir, que tiene usted su parte de egoísmo tan natural y útil á la humanidad, y que como llegará tiempo en que usted de fijo sentirá otros afectos, es inútil dar á este una importancia que tarde ó temprano se vería usted obligado á desmentir. Este, á mi ver, es el raciocinio que debe usted formular. Quizá no me cabe derecho á darle á usted consejos, pues fué su rival y amé al par que usted á la dama sobre que versa la cuestión y en cuyo ánimo usted triunfó sobre mí. Al aconsejarle á usted, parece que tomo contra la duquesa el desquite de lo pasado, ó que me reservo probabilidades de triunfo para lo porvenir, en el caso de que aquélla regrese; pero supongo que usted me co-

noce ya lo bastante para no hacer tales suposiciones. Por lo demás, cúmpleme decirle á usted que el amor de usted y el mío en nada se parecen. La duquesa debía preferir el de usted, más original, más vehemente, más peligroso que el mío. Para mí, de haber yo llevado la palma, aquélla no hubiera sido más que un lazo agradable, y el hábito que ya de esta clase de relaciones tengo, me habría impedido despertar en ella los entusiasmos que la ardiente curiosidad de esas nuevas impresiones debía hacerle descubrir á usted. En este punto confieso mi inferioridad. Conmigo, la duquesa no hubiese conocido el amor, habría tenido un amante y nada más; nuestras relaciones hubieran durado un año, dos, sin tropiezo ni sacudidas. Recibido en su casa ostensiblemente, amigo del marido, admitiendo que la verdad hubiese transpirado, nunca hubiera yo causado las convulsiones que la misteriosa entrada de usted debía acarrear tarde ó temprano. Todo el mundo habría sabido y aceptado tales relaciones, y por ende persona alguna hubiese hablado de ellas; y es que las hubieran mirado como la cosa más natural, y mi presencia, en vez de perturbar la armonía de aquel hogar, la habría completado. La baronesa, que tal pensaba, y preveía que á la corta ó á la larga la duquesa haría como la mayor parte de las mujeres que se encuentran en situación idéntica, me protegía y prefería que fuese yo el privilegiado. ¿Por qué? no lo sé. Con el tiempo hubiese yo pasado de la categoría de amante á la de amigo, sin esfuerzo, de un modo natural, como al fin de hermoso día de verano el cielo pasa, sin que lo advirtamos, del azul claro al azul oscuro, del calor ardoroso á una temperatura tibia, y al día siguiente se habría levantado un nuevo sol en el restringido horizonte de esa mujer. Esto habría sido común, vulgar; y así lo comprendió ella indudablemente, y prefirió correr con usted todas las peripecias del amor, con tal de amar. Ya palpa usted las consecuencias; pero admitiendo también que la duquesa tenga otros amantes en lo venidero, pues uno no puede responder de lo que sobrevenga, amantes que quizás ella misma busque si continúa viviendo separada de usted, y amándole á usted todavía, para hallar una distracción al afecto en que cifró toda su existencia; aun admitiendo esta eventualidad, esté usted plenamente convencido de que la duquesa nunca habrá amado más que á usted, y de que cuantas nuevas tentativas haga no

harán más que avivar en ella el recuerdo de usted. Ya ve usted que por lo que se refiere á la duquesa no tengo rencor ni esperanza, y que veo tan claro respecto de mis probabilidades de triunfo en lo porvenir, como vi en lo pasado; no me asiste, pues, razón alguna para no hablarle á usted con toda franqueza. Créame usted, todo ha concluído; la duquesa no volverá nunca jamás, y aun añadiré que esto para usted será lo más provechoso. Dentro de un año, ¡qué digo un año! dentro de seis meses la habrá usted olvidado por completo.

Jaime escuchó con atención al príncipe, y, al parecer, la luz de la verdad fué penetrando poco á poco en su alma. A mi amigo podía comparársele, en aquel momento, á un pobre que se encuentra una alhaja y exclama con alegría: «¡Es oro!» pero que luego, y asaltado por la duda de si aquélla es de latón, entra en casa de un joyero para mostrarle su hallazgo y preguntarle cuánto vale, á lo cual le responde aquél: «No vale tanto ni tan poco como usted imagina; no es oro ni latón, sino plata sobredorada.» Jaime se había propuesto reponerse de su viaje y de las contrapuestas sensaciones que durante él le acompañaran, con rapidez inverosímil y antinatural. Un hombre que tiene que bajar de la cúspide de una montaña hacia el valle, y echa á correr para llegar más pronto abajo, siente que el declive redobla la rapidez de su carrera privándole de detenerse cuando quiere, y al llegar al terreno llano, corre todavía arrastrado á pesar suyo, y va más allá del sitio en que determinara pararse. Entonces, y jadeante, no le queda más remedio que retroceder. Moralmente hablando, Jaime se encontraba en esta situación. Era tal la velocidad con que descendiera de la cumbre de su confianza, que había traspasado los límites de la justicia y de la verdad. Advirtióselo el príncipe, y retrocedió, y, por primera vez desde su regreso, después de aquella conversación se puso á reflexionar. Lo que el príncipe le dijo, también podía habérselo dicho yo; pero á mí no me habría escuchado, por la sencilla razón de que nos unía una intimidad demasiado profunda. A las primeras de cambio me habría mandado á paseo. Con todo esto, el alma de Jaime, antes de hallar su equilibrio, debía aún oscilar, é inclinarse en demasía, ora á un lado, ora al otro. Apenas sintió una reacción favorable á la duquesa, cuando al punto las razones en pro forzaron aquella entornada

puerta. Por espacio de algún tiempo invadieron su corazón todas las probabilidades favorables á Anita, los recuerdos más enternecedores, el arrepentimiento más profundo. Recordó de pronto todas las promesas de su amante, releyó las cartas de ésta, amontonó ante sí las pruebas que de su amor ella le diera, buscó una causa á la mentira que enerraba su última carta y aun dudó de ella, y se halló culpado, y se echó en cara el no haber preguntado á la amiga de la duquesa cómo se llamaba, y haber de esta suerte roto voluntariamente toda comunicación con ella. Como él hubiese hecho lo que la desconocida le recomendara, en lugar de perder el tiempo en vanas pesquisas, se habría anudado la correspondencia entre él y Anita, y hubiera sabido de ella, y, enterado de lo que pasaba, pudiera haber conservado las relaciones con su amante.

¿No le había aconsejado la paciencia la dama á quien viera en Pless, y dicho que, á lo sumo, dentro de dos meses Anita se le habría reunido? De los dos meses ya había transcurrido uno; de consiguiente, de haber seguido aquel consejo, no le quedaría más que un mes de espera, cuando, por haberse negado á escribir á la duquesa, aplazaba indefinidamente el regreso de ésta y quizá destruía la posibilidad del mismo, ya que Anita, al saber su respuesta por conducto de la dama mediadora, pudo creerse abandonada; y no recibiendo ninguna noticia ni teniendo junto á sí persona alguna que pudiese hacerla comprender la verdad, la duquesa pudo haber desesperado, ceder á las sospechas que debían necesariamente asaltarla, gastar en suspiros y en lágrimas el resto de su energía, y, no creyéndose amada, abandonar las últimas esperanzas y los últimos recursos que para procurar su regreso podían quedarle aún. Además, ¿no era también posible que Anita se viese ya rodeada de gentes dispuestas á consolarla, y que, herida en su dignidad y en su amor propio y ayudada de sus antiguos hábitos, le hiciesen contraer un nuevo lazo que les separara para siempre jamás? porque aun admitiendo que ella viniese más adelante y le pidiese perdón de esta falta de que él hubiera sido el causante, él no la perdonaría nunca. ¡Cómo! ¡Anita pertenecer á otro que á él! Jaime, al cruzarle por la mente tal pensamiento, escondía la cabeza entre las manos, para aplastar en su espíritu una suposición semejante. Y ello, sin embargo, podía suceder; pero por fortuna no desde

luego. Primeramente, los meses pasados en compañía de Jaime habían robustecido y dado carácter de duración á los afectos de la duquesa; á bien que basta un instante de despecho para hacer vacilar los afectos al parecer más arraigados; pero Anita iba á ser madre. Hasta la naturaleza se convertía en auxiliar de Jaime y le proponía repararlo todo. Una mujer en cinta no tiene amante. ¿Y aquel niño? ¿no era un lazo indisoluble entre ella y él? Era aquel un hecho indestructible, y persona alguna, por más que hiciera, nunca tendría en la vida de aquella mujer la importancia que él había tenido. Hizo, pues, mal en acusarla atropelladamente. Por otra parte, ¿qué le pedía Anita que fuese tan dificultoso? que la esperara por algún tiempo más, que tuviese un poco de paciencia. ¡Y miren qué bondadosa era hasta en su último ruego! Comprendiendo que él tenía necesidad de afecto, le decía que para aguardarla se volviese á Francia, á París, al centro de sus hábitos, junto á su madre, al seno de toda suerte las distracciones. ¿Qué más podía exigirse? Si él hubiese comprendido este buen sentimiento, si la hubiese obedecido, ahora ya tocaría su recompensa.

¿Qué vida más regalada no sería la suya! Se hubiera ido al campo durante aquel verano, para entregarse de nuevo al trabajo, desatendido en demasía de algún tiempo á aquella parte, y de cuando en cuando habría recibido una larga y cariñosa carta de Anita, á la cual hubiera contestado haciéndole una cronografía de su vida. De esta suerte podía haber aguardado dos, cuatro, seis meses, y en caso de necesidad, un año, máxime cuando para dos amantes que pueden escribirse que se aman no existe la distancia. ¡Y él no comprendió todo eso desde un principio! ¡ni quiso admitir que una mujer que todo se lo sacrificaba, que se separaba de su marido y renunciaba al mundo, tuviese necesidad de algunos días más que los que le pidiera para llevar á término un cambio tan profundo!—¡Ah! él exigía la recompensa puntual á la cita, como si se tratara de la cosa más natural; como si ella hubiese debido únicamente ponerse un chal y un sombrero y subirse á un coche para reunirsele. Era absurdo, injusto y cobarde, y merecedor de cuantas desventuras le sobrevinieran de resultas.

Sin embargo, el príncipe, que era hombre de sereno juicio, opinaba que la duquesa no volvería. Pero el príncipe

no era amado de Anita, ni la conocía como Jaime la conocía. Por muy desinteresado que el de Rivá se mostrara en el asunto, había sido el postergado rival de Feuil, y, de consiguiente, era probable que se alegrara de lo que sucedía; y lo prueba el que aconsejara á Jaime que se distrajera é hiciese por olvidar. Sí, el príncipe había hablado con segunda intención. Además, ¿á título de qué el de Rivá que-rría bien á Jaime, cuando apenas lo conocía, cuando no era su amigo? Con todo eso el príncipe parecía haber dicho lo que pensaba; prueba de que era recto de corazón; pero se había equivocado en sus apreciaciones: juzgó aquel amor desde su punto de vista y según su organización, pero no todas las organizaciones son idénticas.

Tales eran las nuevas reflexiones de Jaime, que arbitraba en su mente el modo de volverse atrás y enmendar lo hecho. ¿Pero cómo? ¿á quién dirigirse? Quizá sería más provechoso continuar esperando. Si Anita le amaba realmente, como de ello no podía dudar, después de todo, hallaría la manera de escribirle, no fuese más que una carta. Entonces él le contestaría y todo volvería á su primitivo cauce. Lo que por el momento había de positivo, es que Jaime era todavía incapaz de ocuparse en otra cosa que en pensar en la duquesa. Pero esperar ¿por qué? no, á él le correspondía salir al encuentro de los acontecimientos. En París vivía la prima de Anita, aquella prima tan buena, que llevaba tan hondo afecto á la duquesa. Justo, la prima debía saber dónde estaba Anita, qué había sido de ella; y como amaba, debía ser indulgente con el amor de los demás. ¿Por qué no iría á verla Jaime? le recibiría, se compadecería de él y le haría sabedor de alguna cosa.

Y dicho y hecho, Jaime se encaminó á casa de la prima, pero se encontró con que ésta hacía tres semanas que había salido de París. Nuestro héroe quedó hecho una pieza y con razón, pues la prima era la única persona que estaba en potencia de darle noticias de la duquesa. Pero no, no era aquella la única, había otra persona que quizás y aun sin quizás debía saber más que todos; pero aquella persona no le diría á él cosa alguna, porque era una enemiga, en una palabra, la baronesa. Sin embargo, no perdía nada con probar fortuna. ¡Qué! ¿iba á tragárselo? Por otra parte, la baronesa pareció haberse humanizado durante los últimos días que Anita pasó en París, y aun le ofreció á él sus ser-

vicios. Sí, era indudable que todavía quedaba en ella una fibra sensible. ¡Mujer al fin! Esto es, escribiría á la baronesa una carta sencilla y noble, solicitando una entrevista; ella, no fuese más que por curiosidad, le recibiría, y entonces él hallaría la manera de ganarse su voluntad, sea por la franqueza ó por la astucia. Además, aun cuando la baronesa le recibiese mal, ¿qué le importaba á él con tal que viese cumplidos sus propósitos?

Jaime se fué á su casa para poner inmediatamente en ejecución su plan y para no dar al tiempo ocasión de mostrarle las dificultades que aquél encerraba; escribió, pues, á la baronesa una carta propia de un hombre de talento y de corazón, muy concisa y de la que meditó todas las palabras; luego la leyó una y otra vez, la cerró, escribió la dirección, se encaminó al palacio de la baronesa—presente en París,—y entregó la carta á un lacayo, diciéndole que aguardaba la respuesta.

—La señora baronesa, dijo el lacayo reapareciendo á poco, no conoce la firma de la carta. ¿Trae usted su tarjeta? Jaime entregó una al lacayo.

—La señora baronesa, profirió éste volviendo al cabo de un instante, me ha encargado que le dijera á usted que en este momento no puede hacer nada por usted, pues todas las personas á quienes podría recomendarle están en el campo; pero que, para el invierno, hablará de usted y hará cuanto esté en su mano para procurarle discípulos. Interin, la señora baronesa dice que le envíe usted la tarifa de sus lecciones.

—Gracias, repuso Jaime maquinalmente y retirándose pálido y tembloroso.

De regreso en su casa, mi amigo se pasó dos largas horas derramando amargas lágrimas arrancadas por la humillación que acababa de recibir, pero lágrimas exentas de odio y de cólera.

—Esa mujer tiene razón, decía Jaime entre sí. ¿Por qué he olvidado que la sociedad tiene leyes inmutables contra las cuales me estrellaría? Ella acaba de recordármelas; mejor. El recado que me ha hecho transmitir me curará más pronto que todas las reflexiones. Esa misma sociedad quizá me admita como artista á quien se remunera, pero nunca como hombre de su devoción. Desde el punto en que quiero participar de sus privilegios, me repele como un accidente,

me desprecia y me lanza como á un lacayo. Voy para hablar de mi amor, y me echan en cara mi oficio; solicito un consuelo para mi corazón, y me piden la tarifa de mis lecciones. ¡Y decir que Anita quizá se avergüenza ya de mí! Yo me tengo la culpa. ¿Quién me hizo intentar un imposible? Nunca debí salirme de mi esfera. Al amarme, la duquesa se denigra, y si enviudara no se atrevería á casarse conmigo.

La frente de Jaime se cubrió del rubor del orgullo herido.

—Sí, continuaba mi amigo, soy de la madera de que se hacen los amantes á la ventura y á hurtadillas, pero no de aquellos de que una dama hace público alarde y se convierten luego en maridos. Yo mismo no consentiría en unirme en matrimonio á la duquesa aun cuando ésta fuese libre y quisiese tomarme por esposo; no, me sentiría humillado por su fortuna, y el apellido que yo le llevaría, y que no parecería sino que yo se lo vendiese, no reemplazaría al que ella ostenta en la actualidad. Anita no sería la señora de Feuil, sino yo el marido de la duquesa. Así es que sobre los obstáculos que los demás levantan entre los dos, habría los que hallaríamos nosotros mismos. Ea, es preciso que abra los ojos de la razón, es menester que me cure y que olvide á toda costa. Tenía razón el príncipe. ¡Valor! vivamos como antes, en medio de una sociedad á la que honro frecuentándola, y no entre gentes que, al admitirme, crearían honrarme á mí; trabajemos, aceptemos sin vacilaciones nuestra posición de artista, ganémonos el pan cotidiano, procuremos ser dignos y crearnos un nombre, tengamos talento sin ambiciones ridículas, amantes sin amor formal; y cuando esté hartado de esa vida, si encuentro la hija de un menestral que quiera ser mi mujer, casaré con ella. Entonces dirá de mí la gente que he llenado mi carrera.

Después de una serie de reflexiones como las que acabamos de transcribir, sentimos impulsos de volvernos misántropos. Cobramos odio á la sociedad y nos encerramos en nuestra casa, resueltos á no salir más de ella. Que es lo que hizo Jaime; el cual pasó dos días sin poner los pies en la calle y sin recibir á persona alguna. Esto, sin embargo, no quiere decir que se dedicara al trabajo; no, señor. La inspiración, vocablo viejo y sin valor de que con permiso de

ustedes voy á servirme una vez más, nunca visita al alma en la que aun palpita un dolor, sino que aguarda que éste haya pasado á la categoría de recuerdo, lo que no rezaba con Jaime, que lo único que hizo fué pensar, al mismo tiempo que ponía todo su conato en no hacerlo. Sí, señor, Jaime sacó del cajón donde las conservaba, las cartas de la duquesa para quemarlas; pero volviolas á leer y las indultó; luego decidió concluir con lo pasado, y se dispuso á destruir el retrato de Anita; pero antojósele que aquel trozo de cartulina murmuraba: «¿Qué te he hecho yo?» que los ojos de la figura se llenaban de lágrimas y que aquella boca se sonreía, y después de pasarse una hora contemplándolo, lo besó como pudiera haber besado el original; y por último, al ver que la soledad, en vez de acabar con los recuerdos, los avivaba, vistióse y salió de su casa sin rumbo fijo.

XXVII

Al día siguiente, y á los tres de no haber visto á Jaime, me fui á su casa, de la cual faltaba desde la víspera. ¿Dónde podía estar? Al día subsiguiente tampoco había comparecido. En verdad que aquel mi amigo era, por las emociones que causaba, hombre para apurar en ocho días la amistad de veinte Pilades. Por fin, al tercero día, por la mañana, se presentó en mi casa hecho un bandido.

—¡Hola! ¿de dónde vienes? le dije.

—De casa de una mujer.

—¡Cómo! ¿después de tres días!

—Sí.

—Estás loco.

—Ni por pienso.

—¿Y qué mujer es esa?

—Una mujer muy hermosa.

—Y amante tuya ¿no es eso?

—¡Vaya!

Me restregué los ojos; parecióme estar soñando; luego miré á Jaime, y noté que tenía la vista encendida y las mejillas enrojecidas por la fiebre.

—¿Y dónde has encontrado á esa mujer? le pregunté.

—En Asnières.